



**HOMILÍA BASÍLICA SAN MIGUEL CON OCASIÓN DEL
50° ANIVERSARIO DE LA MISA
DE SAN JOSEMARÍA ESCRIVÁ
CON MIEMBROS DEL OPUS DEI EN EL MISMO TEMPLO
DOMINGO XXIX DEL TIEMPO ORDINARIO**

*Libro del Éxodo 17,8-13.
Salmo 121(120),1-2.3-4.5-6.7-8. Segunda Carta de San Pablo a Timoteo 3,14-
17.4,1-2.
Evangelio según San Lucas 18, 1-8.*

Rvdo. Sr. Rector,
Sacerdotes concelebrantes,
Queridos hermanos en Cristo:

Con gusto me uno a todos ustedes en el recuerdo de la primera misa celebrada en esta Basílica por San José María Escrivá de Balaguer hace ahora cincuenta años - rodeado de sacerdotes y numerosos miembros del Opus Dei. Según el testimonio de los que fueron testigos presenciales la celebración fue emotiva y preciosa.

Junto con esta fecha, además, para ustedes son varios los sentidos eventos coincidentes en este mes del santo Rosario: la aprobación eclesial de la Obra, que el pasado 2 de octubre hizo 82 años, y la canonización del Fundador por el Siervo de Dios el Papa Juan Pablo II, que, el pasado día 6, hizo ocho años. Todos son motivos de acción de gracias a Dios.

Como hemos escuchado en la Segunda Carta a Timoteo, S. Pablo enseña, a este distinguido colaborador suyo, que la Sagrada Escritura es medio que nos proporciona el conocimiento de Cristo. Ese conocimiento de Cristo, que está vivo en la Eucaristía y presente en su cuerpo místico que es la Iglesia, es un conocimiento dialogal, es decir, de trato personal, de amistad. En una palabra, orante. A la luz de la Palabra de Dios proclamada, siempre oportuna, les invito a reflexionar brevemente en torno al evento que recordamos.

¿Quién vino a esta basílica? Vino un sacerdote santo que tenía una vocación específica. ¿Y para qué vino? Vino, en definitiva, para dirigir a Dios la oración más alta que existe en toda la creación, la Santa Misa. En la Santa Misa se cumple realmente, y como en ninguna otra plegaria, aquello que

enseña San Agustín acerca de la oración: *"Jesucristo, Hijo de Dios ora por nosotros, ora en nosotros y a él oramos nosotros. Ora por nosotros como sacerdote nuestro; ora en nosotros como nuestra cabeza; y nosotros oramos a él como nuestro Dios. Reconozcamos en él nuestra voz y su voz en nosotros"* (En. In Ps. 85, 1).

Esta fundamental doctrina sobre la oración cristiana, San Josemaría bien la tenía en cuenta y la enseñaba cuando, por ejemplo, decía: *"Tu oración debe ser litúrgica. Ojalá te aficiones a recitar los salmos, y las oraciones del misal en vez de oraciones privadas y particulares"*.

Y ¿Qué es lo que pedimos en la oración? ¿Qué es lo que pide Cristo en nosotros? ¿Qué es lo que pide la Iglesia? *"pedimos- decía el mismo S. Agustín - por el mundo entero, por todas las gentes para que se corrijan lo antes posible y, teniendo ya recto el corazón, se encaminen a la rectitud de Dios"*. (En. in ps. 103, 13).

Esto es precisamente lo que hace la oración en el alma, hacer que tengamos un corazón con Dios, un corazón recto. Con la parábola de la viuda que importuna al juez en el Evangelio proclamado, Jesús nos está enseñando que nuestra fe tiene que apoyarse firmemente en la convicción de la rectitud de Dios. Si nuestra oración es eficaz, es porque Dios es recto y por tanto no puede sino hacer el bien a cuantos le suplican con perseverancia.

Por eso la oración y la actitud orante es la propia de los pequeños, de los pobres de espíritu que saben confiar en el Señor.

¿Queremos crecer en el espíritu de oración? Para ello hemos de crecer en sencillez, en la verdad, en la rectitud, en la autenticidad del corazón. Nosotros necesitamos la oración para ser rectos y hacer el bien. La fe y la oración van juntas, como nos ha dicho el Señor. Cuando hay crisis de fe, -como nos ha señalado el Señor en el evangelio de hoy- es porque en el fondo hay un espíritu de autoafirmación que nos separa, nos aísla y divide. Una persona individualista no entiende de servicio y de entrega. La parábola propuesta ahora por el Señor refleja al mundo de hoy, el cual, como aquel juez inicuo, se centra en sí mismo, solo busca egoístamente su propio interés y no teme el juicio de Dios. Así es la concepción materialista de la vida, prescinde de Dios en el pensar y consiguientemente en el obrar.

Sin embargo los santos apuestan por el amor y responden de otro modo salvando al mundo del odio, del egoísmo, de la insolidaridad. Crecer en generosidad, en olvido de sí, nos acerca a Dios y a los demás. La Beata Teresa de Calcuta, un alma de una caridad que edifica a la Iglesia y admira al mundo, decía: *"En la oración, cada día más, quiere el Señor que seamos como niños, cada vez más humildes cada vez llenos de agradecimiento. Quiere que tengamos presente que todos pertenecemos al cuerpo místico de Cristo, en el que la oración es perpetua. En nuestras oraciones debemos ayudarnos unos a otros. Acordémonos que el que quiere poder amar, debe poder orar"*

Ese arranque de nosotros hacia los otros, empieza por ese sentido de lo sagrado, de la Trascendencia de Dios que nos sumerge en adoración, en acción de gracias, en petición de cuanto necesitamos con total entrega a la voluntad de Dios.

Un signo de que oramos bien, es que tenemos el deseo de simplificar el corazón para centrarse en lo esencial. El amor a Dios con todo el corazón es el que conduce a esa simplicidad evangélica. Un buen orante va a la oración a percibir la voluntad de Dios, a descubrir su verdad. Va a suplicarle que le remedie con su bondad para poder obrar conforme le pide, para poder amar como Dios nos ama.

El sacerdote es el primer orante. Es el hombre de oración a la que debe acompañar con espíritu de servicio, dando testimonio de humildad y pequeñez, de santidad. Particularmente él tiene el oficio de orar. Esta sagrada tarea la he de realizar, como hemos escuchado acerca de Moisés, suplicando por los demás a fin de que su acción apostólica, que hace prevalecer el bien, llegue a cuantos más mejor.

San José María es un testimonio de esa humildad y pequeñez, en la conciencia sacerdotal de ser puro instrumento en las manos de Dios y de amor a la cruz. El decía: *"yo no he inventado nada; es Otro quien lo ha hecho todo; yo he procurado estar disponible y servirle como instrumento"*.

San José María, desde su oración, vivida en la amistad con Cristo, pudo captar Su presencia y centró la mente y el corazón en aquel principio de que 'Dios obra, y obra siempre'. Obra porque es Amor. Ante este Dios amor sólo caben aquellas disposiciones que cultiva la oración: la disponibilidad del corazón, la capacidad de responder a las invitaciones divinas, de discernir, de actuar en la práctica con toda confianza dejando obrar al buen Dios.

Alguien puede pensar que orar es difícil. Es bueno cumplir con nuestras devociones hechas con autenticidad de corazón, pero la oración, como enseña una contemplativa de nuestros tiempos, patrona de las misiones, Santa Teresa del Niño Jesús, dice de la oración que es *"es un impulso del corazón, una simple mirada hacia el cielo, un grito de reconocimiento y de amor tanto en el seno de la prueba como en el de la alegría. En fin es algo grande, sobrenatural, que me dilata el alma y me une a Jesús. Yo digo simplemente al buen Dios lo que quiero decirle, sin hacer bellas frases, y Él siempre me comprende"*.

Así lo entendió también S. José María: *"Orar es hablar con Dios de El y de ti: alegrías, tristezas, éxitos y fracasos, ambiciones nobles, preocupaciones diarias... flaquezas y hacimientos de gracias y peticiones: y amor y desagravio"*.

La santidad está pues unida a la oración como lo está unida a la caridad. Por eso la santidad, en todos los ambientes y profesiones, está en la intención santa que ponemos en las buenas obras con deseo de agradar a Dios. Nada por tanto es capaz de quitarnos de ese diálogo permanente con El, haciéndolo

todo por su amor, sirviendo a los demás, poniendo siempre el amor divino en todo lo que hacemos. “*¿Santo sin oración? No creo en esa santidad*”, decía el Fundador.

La santidad no es complicada. Materialmente no depende del bien que hice cuantitativamente ni del éxito a los ojos humanos. Depende de lo que hice con delicada entrega por amor a Dios, guiado por la rectitud que nos deja en la pobreza interior, en la sencillez, en la desnudez de la verdad ante Dios y ante los demás. Así siguiendo a San José María, es hacerse amigo de Dios y dejar obrar en nosotros al único que puede hacer que este mundo sea bueno y feliz.

Por eso la consecuencia de un verdadero espíritu de oración es el celo apostólico queriendo a las almas como Dios las quiere, y como Él quiere que sean, no como nosotros las queremos buscando que nos sirvan, como sucedía con el perezoso juez inicuo del Evangelio, que se olvidó de la rectitud y retrasó la justicia y la caridad. El espíritu de oración, profundiza la relación personal con el Señor y procura un corazón semejante al suyo que ama a sus criaturas, vela por ellas, las sigue en el camino de la historia y sufre las infidelidades a su amor misericordioso y paterno.

El alma orante es pues apostólica, abre las puertas de todos los ambientes y lugares del mundo para que Dios pueda hacerse presente, obrar y transformarlo todo. Para esto es necesario moverse por el deseo de dar a conocer a Aquel que amamos, a Dios, y dejarnos conmover por las miserias tanto morales como temporales de nuestro prójimo.

Queridos hermanos, les invito, a nivel personal y familiar, a orar con insistencia y en total actitud de fe constituye la base de nuestra Solo en constante diálogo de amor con Dios podemos hacer un mundo mejor, y por tanto más santo con la vida de Dios.

Mons. Renzo Fratini Nuncio Apostólico